

realista, situada á tiro de pistola de las trincheras, había abierto en ellas anchísima brecha" (1).

El 4 se enviaron á Márquez Donayo otros doscientos indios cogidos de leva, para apresurar los trabajos de zapa, por demanda que de ellos hizo al Ayuntamiento el jefe realista, los cuales le fueron enviados, "con la celeridad del rayo" que exigía la petición (2).

Convencido Múzquiz de que la resistencia era imposible, no quiso esperar el asalto á que ya se disponían las fuerzas realistas; en su consecuencia se rindió el

Fac-simile de la firma del coronel D. José Joaquín Márquez Donayo.

7 del mismo mes, entre diez y once de la mañana, á condición de que se respetara la vida de todos los rebeldes de Monte-blanco (3); el mismo jefe publicó

(1) J. Zárate. Op. cit.

(2) Archivo municipal.

(3) Vease el parte en el *Apéndice* (documento núm. 2).

entre los suyos su determinación. Maury había logrado escapar antes, seguido de algunos cuantos.

El coronel Márquez Donayo dió aviso al Cabildo de la rendición por medio de un oficio fechado en el "Campo de la Gloria en el fuerte conquistado á los rebeldes de Monte-blanco" (1); el jefe realista dió á luz después una proclama enalteciendo el valor y fidelidad de sus tropas, fechándola más modestamente en el "Campo de la Victoria." En el parte dado al virey, el coronel Ruiz hizo una mención muy especial de los batallones de Tlaxcala y *Patriotas distinguidos* (2).

Las pérdidas consistieron en cosa de seis muertos del partido insurgente y tres muertos y ocho heridos del realista. Las fortificaciones fueron totalmente arrasadas á cañonazos después del triunfo alcanzado (3).

D. José Joaquín Márquez Donayo regresó á Córdoba y de allí á Orizaba, siendo recibido en ambas villas en triunfo, llevando consigo, como trofeos de su victoria, á Múzquiz y todos los demás prisioneros. El desgraciado coronel insurgente fué encerrado en la cárcel pública de Puebla, en donde perdió el oído á consecuencia de las escaseces y miseria que hubo de

(1) Vease el parte ya citado en el *Apéndice* (documento núm. 2).

(2) Archivo municipal.

(3) J. D. Izassi. Op. cit.



soportar, según refiere el historiador Alamán. Los soldados defensores de Monte-blanco fueron igualmente conducidos en cuerda á Puebla y destinados á obras públicas.

A la separación de Márquez Donayo volvió á quedar la comandancia de las villas á cargo de Ruiz, quien continuó en su sistema de paseos militares. En aquellos días, por sospechas que tenía este jefe de ser afectos á la independencia D. Julián de la Colina y D. Bernardino Vásquez, vecinos de alguna representación social, los persiguió hasta que el primero le entregó cuatro mil doscientos pesos y el segundo mil, hecho significativo que sirve para pintar las cualidades morales del realista Ruiz (1).

Después del golpe sufrido por las armas independientes en Monte-blanco, aun quedaban pequeñas partidas refugiadas en los montes, principalmente en las sierras de Matlaquiahuitl y Zacatla, las que desde el año de 1812 casi no habían cesado de ser ocupadas por los insurgentes con distintos sucesos. Sosteníanse también en la región cordobesa los desfiladeros del Chiquihuite y el fuerte de Palmillas, destinados á caer en breve en poder de los soldados de Fernando VII.

El gobernador del puerto de Veracruz D. José Dávila encargó al oficial realista D. Antonio López de Santa-Anna que destruyese algunas de las guerrillas

(1) *J. D. Issasi. Op. cit.*

aisladas, así como las aduanas que Victoria tenía establecidas en las carreteras reales.

A principios del año de 1817 se presentaron al norte de Córdoba los jefes insurgentes D. Antonio y D. Ignacio Couto, quienes durante algún tiempo habían estado amagando á Orizaba. El comandante de las dos villas D. José Ruiz los atacó en la barranca de Tomatlán en 9 de Febrero, derrotándolos por completo (1). Con los dispersos que pudieron reunir se retiraron los Couto del lugar del combate, sufriendo una nueva derrota poco después (en Quimixtlán), por lo que D. Ignacio se refugió en el fuerte de Palmillas.

El coronel Ruiz, que durante tanto tiempo había desempeñado la comandancia general de las villas, fué sustituido á pocos días (17 de Febrero) por el coronel D. Francisco Hevia, militar entendido, diligente y conocedor de la comarca por haber servido la comandancia en otra época, pero tan sanguinario que logró sembrar el terror y el espanto por todas partes. Hevia fijó su cuartel general en Córdoba para la mejor dirección de la campaña.

Como habíamos dicho anteriormente numerosas partidas se hallaban esparcidas por las montañas del norte, apoyándose en las barrancas que se encuentran cerca de Tomatlán, Chocamán y Coscomatepec, y

(1) Según *Arróniz* los Couto se unieron al guerrillero Luna en dicho lugar.



principalmente en Huatusco, pueblo que por tanto tiempo se sustrajo á la dominación española. Todas esas fuerzas estaban sometidas al mando superior directo del general D. Guadalupe Victoria, quien—como ya se sabe—era el jefe de las armas por la independencia en la provincia de Veracruz.

Apenas se hizo cargo de la comandancia militar el terrible Hevia, marchó hácia Huatusco al frente de su batallón de *Castilla* y de alguna caballería; logró ocupar aquel pueblo sin tener que sostener ningún combate formal, pues las diversas partidas de la sierra se dispersaron á su aproximación, refugiándose algunas de ellas en el Chiquihuite. Hevia avanzó incendiando los poblados, para castigarlos del crimen de haber dado albergue á los independientes y haciendo pasar por las armas á cuanto prisionero caía en sus manos.

Después de haber pacificado el norte de Córdoba, sin tomar descanso se dirigió el sanguinario Hevia, á fines del mes, á atacar las posiciones del Chiquihuite, cuyas obras de defensa consistían en fuertes empalizadas que cruzaban el cerro en distintas direcciones, y en parapetos destinados á la defensa del puente echado sobre el rio del Chiquihuite. “Hevia no se atrevió á atacar de frente tan formidables posiciones; dispuso que tres compañías de su división vadeasen el rio una legua hácia abajo, y que atravesando un

fragozo bosque cayesen por la izquierda de la fortificación de los independientes. Estos se desconcertaron al sentir tan atrevida maniobra, y el 27 de Febrero abandonaron sus obras defensivas replegándose al fuerte de Palmillas” (1).

El general Victoria expedicionaba á la sazón por Barlovento; al tener conocimiento de que se había abierto la campaña contra los destacamentos de las barrancas y del Chiquihuite, pretendió marchar en su auxilio; la rapidez de movimientos de los realistas le impidieron, sin embargo, llegar á tiempo.

Satisfecho Hevia de haber limpiado de insurgentes la tierra en varias leguas á la redonda, sin que nadie osara ni aun pronunciar el nombre de libertad, dice el padre Isassi, sin que aquel tigre dejara de aprovechar la ocasión de derramar más sangre humana; satisfecho de estos resultados, decíamos, dejó para más tarde el ataque á las fortificaciones de Palmillas, ocupándose entre tanto en guarnecer los pasos y desfiladeros que conducían al último reducto de los independientes en Córdoba.

El teniente coronel D. Ignacio Couto, en compañía del comandante del fuerte, Garay, seguía en el interior aprestándose á la defensa de Palmillas. Esta posición mantenida por Victoria durante mucho tiempo

(1) *J. Zárate. Op. cit.*



y que hasta entonces había sido un refugio seguro de las tropas insurgentes, consistía en un gran peñasco rodeado de barrancas inaccesibles. Dicho fuerte natural fué reforzado con gruesos parapetos, construidos sobre la misma peña, defendidos por siete cañones; comunicaba con el campo vecino por sólo una calzada de ciento setenta y cuatro varas de longitud, de suficiente anchura al principio pero que se iba estrechando hasta no medir más que tres varas; en este último lugar levantaron los defensores tres trincheras apoyadas en fosos (1).

El 19 de Junio del mismo año (1817) se presentó ante el fuerte el coronel Hevia al frente de toda su división. En los primeros días las fuerzas vireinales se ocuparon sólo de levantar contratrincheras en los bordes de las barrancas cercanas al fuerte. Situado el cuartel general en Córdoba, los sitiadores contaban con toda clase de elementos para vencer á Palmillas, en tanto que el corto número de soldados independientes que guarecía ese punto, se encontraba cortado y privado de todo auxilio, pues el general Victoria se hallaba á demasiada distancia, como ya dijimos, para poder socorrerlos.

“El día 30 rompieron sus fuegos las piezas de artillería realista y mantuvieron un vigoroso caño-

(1) *J. Zárate. Op. cit.*

neo durante casi todo el mes de Julio, logrando Santa Marina (teniente de Hevia) ocupar parte de la calzada que llegaba hasta el fuerte y abrir profundas brechas en los parapetos que coronaban el alto peñasco. El 28 de este último mes hallábanse de tal modo avanzados los trabajos de los sitiadores que el asalto debía efectuarse de un momento á otro. Durante la noche, los defensores resolvieron evacuar la posición, y descolgarse con cuerdas por uno de los precipicios que rodean al fuerte; cinco hombres y tres mujeres, los primeros que se aventuraron en esta formidable evasión, cayeron y murieron en el profundo voladero; los demás, hasta el número de setenta y cinco, contándose entre ellos el mismo Couto, pudieron llegar bien al sitio elegido para marchar en retirada, pero cayeron todos en manos de los sitiadores, que habían reforzado considerablemente aquella parte de la línea temerosos de que por allí se evadiesen sus contrarios” (1)

Hevia dispuso que todos los prisioneros fueran fusilados, y á fin de que el espectáculo sirviese más eficazmente para sembrar el espanto en todos los pueblos que estaban bajo el peso de su ferrea mano, ordenó que la ejecución se verificase en distintos lugares. En la villa de Córdoba recibieron la muerte

*J. Zárate. Op. cit.*



veintitrés de aquellos desgraciados y el mismo Couto hubiera sido pasado por las armas á no intervenir el cura D. Miguel Valentín, amigo personal de Hevia, quien interpuso su influjo para que se dejase al reo tiempo suficiente para efectuar una confesión general (1). Entre tanto se tocaron diferentes resortes para arrancar á Couto de las manos de Hevia, hasta que fué conducido á Puebla, pero pesando sobre él inexorable sentencia de muerte, siendo en seguida encerrado en la cárcel del obispado. La terrible sentencia se hubiera ejecutado si Couto no se evade de su prisión, burlando la vigilancia de sus carceleros con la ayuda del antiguo insurgente indultado D. José Manuel de Herrera, quien lo ocultó en un sepulcro de la iglesia de la Compañía. Más tarde D. Ignacio Couto logró obtener el indulto para él y para su hermano D. Antonio.

En la caída de Palmillas el comandante Garay logró escapar ileso.

Las horribles matanzas de Hevia causaron tal espanto en la comarca que en el curso de Julio y Agosto de ese año fueron tantos los que corrieron á indultarse, que casi no quedaba partida armada. El mismo general Victoria se veía á cada instante abandonado por más y más de sus soldados, hasta que se

(1) *J. D. Isassi. Op. cit.*

vió obligado á huir haciendo vida común con los animales de las selvas.

Al fin se separó el sanguinario Hevia de Córdoba, pero dejando en la villa su terrible batallón acostumbrado á las crueldades de su jefe. Entró á sustituirlo el coronel D. Joaquín del Castillo y Bustamente (Agosto de 1817), durante cuyo mando militar no aconteció otra cosa de importancia que la aparición de Enero á Abril de 1818, por tierra caliente, de algunas guerrillas independientes. El Cabildo pensó volver á fortificar la villa, cuyos parapetos habían sido destruidos desde la feliz campaña de Hevia. En Abril, sobre todo, se temió que Victoria, que se encontraba acampado á catorce leguas de la población, tratase de sorprenderla, valiéndose de la ocasión de tener que salir hasta Sancapús parte de la guarnición, con el fin de proteger el paso de un convoy que conducía el jefe realista Topete (1).

El marqués de Vivanco relevó en Octubre del mismo año á Bustamante. Vivanco continuó las correrías de sus antecesores, logrando en el curso de 1819 que no quedase en los contornos del partido un solo insurgente. A todo indultado se exigía que descubriese el lugar donde se ocultaba el egregio general

(1) Archivo municipal.



Victoria, pero ya sea porque unos ignorasen donde estaba, ya porque otros no quisiesen descubrirlo, jamás se pudieron tener noticias de él.



## CAPITULO XV.

Tregua de paz.—Jura de la Constitución en 1820.—Noticia de la proclamación del Plan de Iguala.—Entusiasta acogida que tuvo en la intendencia de Veracruz.—D. Félix Luna se pronuncia en Chocamán.—El teniente-coronel D. José Joaquín de Herrera, después de la toma de Orizaba, intimó rendición á Córdoba.—Capitulación de la villa.—Separación de Herrera.—Prepáranse los independientes de Córdoba á la defensa.—Noticia de la acción de Tepeaca, y sus consecuencias.—Regreso de Herrera.—Aliento de los cordobeses.—Encuentro de las avanzadas del teniente-coronel realista Hevia con el guerrillero Luna, en Metlac.—Preséntase Hevia en Córdoba y ocupa la parte sur de la población.—Abre brecha Hevia con su artillería, asalta la plaza y es rechazado.—Muerte de Hevia.—Incendio provocado por los realistas para favorecer un segundo asalto.—Tercer asalto efectuado el 17 de Mayo.—Las caballe-